Sonetos italianos
Juan de Tassis y Peralta



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

- LXXIX -

ArribaAbajo De este eclipsado velo en tomo oscuro,
en sordas sombras de tristeza envuelto,
lo que fue corruptible está resuelto
y lo puro a buscado a lo más puro.

Donde pisando el cristalino muro,
de mortal peso ufanamente suelto,
a la causa primera sólo vuelto,
sumo y eterno bien goza seguro.

¡Oh espíritu feliz que, cuando imperios
mortales deja, alcanza eterno asiento
ante el fin verdadero de los fines!

A donde aprende en parte los misterios
con intérprete voz, con dulce acento
de incesable cantar de serafines.

- LXXX -

ArribaAbajo De engañosas quimeras alimento
la atrevida esperanza y el deseo,
que me obliga a seguir lo que no creo
y me hace creer lo que más siento.

No es capaz mi locura de escarmiento,
antes de la ilusión con que peleo
suspensamente absorto, ya no veo,
sino la ceguedad del vano intento.

Cerrados, pues, los ojos, y el discurso
incapaz de la luz del desengaño,
sólo la voluntad llevo por guía.

Por costumbre los yerros hacen curso,
y la constancia inútil en el daño,
por honra tiene ya lo que es porfía.

- LXXXI -

ArribaAbajo Marino, si es tu nombre el que tiene
el honor de las musas, ¿qué castigo
de hado con violencia de enemigo

tolerante paciencia no previene?

Si el dios del arte en tu defensa viene,
hecho del desengaño dulce amigo,
menos solo estarás solo contigo,
pues en ti la virtud su premio tiene.

Superior en los casos y en las cosas,
bajarás a mirar gloriosamente
las inquietudes del glorioso Marte,

y cuando emulaciones cautelosas
alteren el sosiego a tu memoria,
a ti te puedes de ti en ti escaparte.

- LXXXII -

A una dama que se peinaba

ArribaAbajo En ondas de los mares no surcados
navecilla de plata dividía;
una cándida mano la regía
con viento de suspiros y cuidados.

Los hilos que, de frutos separados,
el abundancia pródiga esparcía,
de ellos avaro, Amor los recogía,
dulce prisión forzando a sus forzados.

Por este mismo proceloso Egeo
con naufragio feliz va navegando
mi corazón, cuyo peligro adoro.

Y las velas al viento desplegando,
rico en la tempestad halla el deseo
escollos de diamante en golfos de oro.

- LXXXIII -

ArribaAbajo El soberbio africano que oprimida
a Italia tuvo el tercer lustro entero,
hartó de sangre su sediento acero,
del Capitolio en deshonor vertida.

Dígalo en Canas tanta esclarecida,

frustrada audacia, y díganlo primero
Trebias y Trasimeno, cuyo fiero
tributo espuma en sangre fue teñida.

Mas este mismo pecho a quien no pudo
resistir el valor del pueblo osado,
decoro militar, genio de Marte,

rinde en campaña armado el dios desnudo;
que al violento arpón del ciego alado
cede la fuerza y no aprovecha el arte.

- LXXXIV -

ArribaAbajo Las pompas con que Roma vio superba
las estrellas un tiempo amenazadas,
del padre de los siglos habitadas,
poca son hoy ceniza y mucha hierba

que al poderoso culto nos reserva
serie de años a edades canceladas;
esclarecidas obras decantadas
con aliento vivaz Fama conserva.

En los anales sólo, en los archivos
de la inmortalidad, gloriosamente
muertos renacen para siempre vivos.

Cuando el valor no adquiere el accidente
de aplausos y de obsequios ilusivos,
al tiempo engaña, y al virtud no miente.

- LXXXV -

ArribaAbajo Estas de admiración reliquias dinas,
tumbas, anfiteatros, coliseos,
del tiempo son magníficos trofeos,
imperiales ya pompas o ruinas.

Tú, mortal, que esto ves, y no terminas
el plazo a la ambición de tus deseos,
¿no adviertes de los Fabios y Pompeos
tantas, en polvo hoy, fábricas divinas?

A la inmortalidad cierra el camino
el que escalar pretende en vano el cielo

con el que su ambición fausto permite.

La virtud es el medio peregrino,
el valor y el talento prestan vuelo,
sin que el tiempo contrario lo limite.

- LXXXVI -

A la casa de Nuestra Señora de Loreto

ArribaAbajo No colosos, ni pompas de romanos
son de mi admiración el argumento,
mas la casa en que tuvo fundamento
la vida y redención de los humanos.

Huyan lejos de aquí pechos profanos,
ángeles sólo, en soberano acento,
den al mismo sujeto el pensamiento
a quien dieron las alas y las manos.

En las almas se estampe la memoria
del celestial traslado misterioso
que dio a Italia renombre soberano.

Y a la humildad triunfante y a su gloria
devoto ofrezca el corazón cristiano
verdadero dolor, llanto piadoso.

- LXXXVII -

A la capilla de Paulo V en Santa María la Mayor

ArribaAbajo Esta máquina y pompa, cuya alteza
fue con tan justo celo fabricada,
que en ella se nos muestra declarada
la piedad de su sueño y la grandeza;

donde el discurso incrédulo tropieza,
y la misma verdad, como asombrada,
el crédito suspende, y por soñada
tiene la admiración y la riqueza.

Aplauso es bien debido al mausoleo
cuyo sujeto, prodigioso en arte,

más eleva el juicio que los ojos;

pero de inmortal obra y de un deseo,
sólo viene a quedar humilde parte
para depositar tales despojos.

- LXXXVIII -

Al sepulcro del apóstol San Pedro

ArribaAbajo Este ahora al primero dedicado
de los senos de Dios sacro piloto,
no sólo es templo, afecto si devoto
de vivo altar, de túmulo animado.

Cuyo sublime culto hoy ve logrado
al más heroico y religioso voto
que la común ejecución de Cloto
con dos eternidades ha violado.

Alta no construcción, no fuerza de arte
en virtud puede dar, de muertos vivos,
voces a piedras, a metales ojos,

cuando colosos sacramente altivos
humildes son, y aun no con digna parte,
para depositar tales despojos.

ArribaAbajo
Sonetos gongorinos

- LXXXIX -

A un pintor

ArribaAbajo No sólo admira que tu mano venza
el ser de la materia con que admira,
sino que pueda el arte en la mentira
a la misma verdad hacer vergüenza;

cuyo milagro a descubrir comienza
en el valor con que las líneas tira,

paralelo capaz, con que la ira
del tiempo, hoy del olvido se convenza.

Tener cosa insensible entendimiento
hace, donde el engaño persuadido
por verdad idolatre al fingimiento.

¡Oh milagro del arte que ha podido,
dando a una tabla voz y movimiento,
dejar sin él en ella el sentimiento!

- XC -

Al Duque de Alba

ArribaAbajo El más que digno sucesor del claro
primer Fernando y Marte no segundo,
dado todo al dolor, negado al mundo,
Alba queda de un sol de luz avaro.

Extinto no, que, virtual su amparo,
astro ya fijo logra ardor fecundo,
cual, en flamantes plumas ya segundo
clima, viste inmortal volante raro.

Por estos grados, hoy, en la sublime
región empírea es alta moradora,
Fénix que nace, y sol eterno en ella;

rayo, pues, de su luz vital anime,
ya de horizonte interminable aurora,
el alba de quien fue tan digna estrella.

- XCI -

ArribaAbajo Son tus claras virtudes, gran Fernando,
más que tu fama, y sólo tú más que ellas,
y vencida la envidia en gloria de ellas
a ti mismo tú mismo estás premiando.

De fin caduco, pues, fin despreciando,
tu dictamen pisando las estrellas,
el gran progreso de tus obras sellas
a inmortal luz tu nombre trasladando.

Claro por sangre y por virtud famoso,
a tus mismos efectos semejante,
como en celo, en talento prodigioso.

Del tiempo vencedor sólo bastante
a sustentar el peso peligroso
que temes Alcides, y que gime Atlante.

- XCII -

A un presidente de Castilla

ArribaAbajo Sacro Pastor, cuya vigilia alcanza
el virtual asunto soberano,
por quien Astrea confió a tu mano
el cándido nivel de su balanza;

freno a la culpa, al mérito esperanza,
y miedo pones al aplauso vano;
afecto de piedad, celo cristiano,
que el poder ajustó con la templanza.

Acrisoló de tu virtud el vuelo
el celante cuidado, cuya fama
es prenda en ti de dos eternas vidas;

que estos impulsos débiles del cielo,
avisos son, y voz con que te llama:
mas él te acuerda y tú, señor, no olvidas.

- XCIII -

ArribaAbajo Sacro Pastor, cuya advertida vara
su grey ilesa conducir pretende,
y más con el ejemplo reprehende
que con la voz por sus avisos clara.

Corrige el vicio, a la virtud ampara,
pues la que en fe y en caridad se enciende,
si en grado no, por méritos asciende
de la mitra al honor de la tiara.

Feliz dictamen, ínclitos cuidados,
manos piadosamente liberales,
voz que fines nos muestres sólo eternos;

cuyos efectos pueden, alumbrados
con la voz de doctrinas celestiales,
hacer de piedras duras hombres tiernos.

- XCIV -

ArribaAbajo Floreciente esplendor en quien contemplo
cuanto tú mismo a tus virtudes debes,
cuanto con sacra voz las almas mueves,
y más que con la voz con el ejemplo.

Luz cuya infusa luz muestra en el templo
eternos fines con avisos breves,
cielo con quien alientas, si no atreves,
una esperanza en quien mil ansias templo.

Los venerables bien vividos años
logra feliz, tus canas sean espejo
a luz de verdaderos desengaños.

Nunca mozo veremos al que viejo
en las virtudes desvanece engaños
del mundo, con su aviso y su consejo.

- XCV -

ArribaAbajo De este pastor cuya cerviz exenta
el aplauso feliz logra del prado,
a la onda obedece y al callado
numeroso redil, ovil sin cuenta.

Pues que si la robusta lucha interna,
o al culto se dedica ejercitado,
de las serranas nuestras aclamado
la envidia de estas selvas alimenta.

No tiene el bosque en sus entrañas, fiera
segura de las armas de su ira,
ni toro exento al yugo en su ribera;

si de amor canta o por amor suspira,
corazones de piedra vuelve en cera
con los dulces acentos de su lira.

- XCVI -

ArribaAbajo En cunas de esmeraldas, de esta fuente
aljófar nace o fugitiva plata,
cuyas márgenes claras no dilata
en cuanto su cristal adoleciente;

en undosa después firma creciente,
que de grillos de hielo se desata
sin llagar donde muere, nunca mata
la fatiga y la sed de su corriente.

¡Oh retrato, oh espejo de la vida,
que en vanas plumas de sus fines vuela,
más engañada y menos advertida,

a donde la razón no se rebela,
siguiendo una lección apetecida
por quien ha de morir, por quien anhela!

- XCVII -

A una nave que después de muchas borrascas, flotando segura, llegó al puerto

ArribaAbajo Este en selva constante alado pino
que los impulsos resistió de Eolo,
pisó las metas de uno y otro polo
felizmente en entrambos peregrino.

Cuyo vuelo inmortal, cuyo camino,
primer milagro al mundo, si no solo,
émulo puerto al discurrir de Apolo
en la inmortalidad a lograr vino.

Donde con nombre digno de Victoria
en los álgidos senos no hay ninguno
sin viva luz de su farol ardiente,

tal que el tiempo tributa a la memoria
del gran Jasón, del ínclito Neptuno,
náutico honor del húmedo tridente.

- CXVIII -

ArribaAbajo Tú que con mancha ilustre en clara espada,
campeón de Cristo y de la patria fuiste,
cuando en bárbara sangre la teñiste,
de gente al rey y al cielo rebelada;

y de impulsos celantes tu fe armada
glorioso a Marte adverso te opusiste,
tal que en ambas fortunas conseguiste
próspera adversidad, gloria envidiada.

Cual con la espada, logra con la pluma
trofeos, y el aplauso de tu gloria
dé la virtud corona, el cielo palmas.

Sumo el honor, y la fatiga suma
en la segunda y no menor victoria
el cielo sólo premie triunfo de almas.

- XCIX -

ArribaAbajo En tus penates hoy, sacro escarmiento,
cuelgo la quilla de mi rota nave,
que del mar de fortuna el rigor sabe,
y los impulsos de contrario viento.

Pondrá del tiempo este prodigio exento,
si digno olvido de tus iras cabe,
en quien sublime ya, y ahora grave,
tumba le cubre el húmedo elemento.

A quejas halle mudo, sordo a ruegos,
undoso dios de senos inconstantes,
cuando sirenas visten sus marinas.

Sean, pues, de la fortuna en mares ciegos,
a peligros de amantes navegantes,
mi voz aviso y norte mis ruinas.

- C -

ArribaAbajo Muda selva deidad pisó la mora
en los rubios crepúsculos del día,
canora Delia, o Ciprea que nacía
undosa en Tetis, no de blanca aurora.

Los senos vagos de Pomona y Flora
primavera animada concedía
al que en su margen apacible cría
la rica arena a quien su planta hoy dora.

Segunda margen de zafir del cielo,
deidad brama celosa en su ribera,
cuando sus cuernos copia son de flores,

donde, cisne lascivo ya, quisiera
en blancas plumas, cómplices de amores,
facilitar más cauteloso vuelo.

- CI -

ArribaAbajo Mal haya el temerario, el ambicioso,
en el mar monstruo cuando no marino,
que hurtó al bosque el mal nacido pino,
para darle a Neptuno proceloso;

y fiero labrador de campo algoso
sembró en el viento el porfiado lino,
que entre aquilón y cierzo dio camino
a náutico inculcar piélago undoso.

Porque a insultos piráticos el puro
rubio expuso, metal solicitado
de tantas hoy fatigas perennales.

Por cuya ya venganza el frigio muro
de lágrimas sangrientas vio bañado
cuando entre ciego honor, llamas fatales.

- CII -

A la hermosura de las cosas criadas

ArribaAbajo Es la belleza un rayo del primero
lumen, por mil centellas derribado,
a donde vibra en parte trasladado
del Sol Eterno un campo verdadero.

Color que condición muda severo
este bien altamente originado,

que ser no puede en carta retratado,
en tela si de juicio y no grosero.

Cuando Diana argenta y dora Apolo,
supedita la luz de sus centellas,
y templo es suyo el uno y otro polo.

Los milagros de amor que ostenta en ellas
él los describe, y sean de ellos sólo
los orbes carta y letras sus estrellas.

- CIII -

ArribaAbajo Esta cuna feliz de tus abuelos,
si en edad muertos, vivos por memoria,
no consta sólo de caduca gloria,
afrenta en simétricos modelos.

Porque sus piedras dan envidia y celos
al esplendor de la latina historia,
hechos tanto blasón, tanta victoria,
templos de Marte y de la fama cielos.

Presas banderas, príncipes vencidos,
rotos arneses, yelmos abollados,
mármoles son del tiempo no mordidos,

donde con sangre viven trasladados
reinos gloriosamente defendidos,
reinos gloriosamente conquistados.

- CIV -

ArribaAbajo Si con mayor peligro que escarmiento
olímpicos alcázares escalas,
nieguen, Amor, las plumas de tus alas
el ser de cera al sol, de nieve al viento.

Présteme ya tu soberano aliento
esperanza que infundes, fe que exhalas
y archiven cuanto anime, cuanto igualas
piélagos del diáfano elemento.

Ya fugitiva luz de astros errantes,
conduzca osado el peligroso vuelo,
donde, aun cayendo, gloria me colijo.

De ansias menos felices que constantes
el golfo, si de gracia es mar de cielo,
inmutable, sea fiel mi norte fijo.

- CV -

A una señora que cantaba

ArribaAbajo La peregrina voz, y el claro acento
por la dulce garganta despedido,
con el suave afecto del iodo,
bien pueden suspender cualquier tormento.

Mas el nuevo accidente que yo siento
otro misterio tiene no entendido,
pues en la mayor gloria del sentido,
halla causa de pena el sentimiento.

Efectos varios, porque el mismo canto
deja, en la suspensión con que enajena,
cuerdo el enloquecer, la razón loca.

Y por nuevo milagro o nuevo encanto,
cuando la voz más dulcemente suena,
con ecos de dolor el alma toca.

- CVI -

ArribaAbajo Estas ruedas de amor que no suspenden
varios tormentos que causando ignoras,
si un tiempo indican con la mano y horas,
horas fatales de tu mano penden.

De cuya voluntad no se defienden
las penas que renuevas y mejoras,
atenta sólo al tiempo que empeoras
a los que, más rendidos, más te ofenden.

Tú, inexorable parca de las vidas,
con vulnífico fin los hilos corta
que están en lo profundo de tus ruedas,

y con piadosas manos homicidas
las vidas y tormento junto acorta,

si con último mal vengada quedas.

- CVII -

ArribaAbajo Este divino objeto en forma humana
que menosprecia altar y estrellas pisa,
mata en un punto y nos parece aprisa,
tanto el que muere a tales manos gana.

Poderosa razón la ley tirana,
que primero da muerte y luego avisa,
teniendo en el enojo y en la risa
aire supremo y fuerza soberana.

¿Cuándo alma exenta a rayos de sus ojos
no percibió del poderoso ciego
a la luz más pura efectos alumbrados?

Nueva ambición de apetecido fuego,
a donde por su causa los enojos,
como si no matasen presurados.

- CVIII -

ArribaAbajo Esta no es culpa, aunque su inmensa pena
a inmortales asuntos me destina,
si amar hombre mortal beldad divina
en tus leyes, Amor, no se condena.

Estrella, pues, de luz siempre serena,
a venturosa muerte me encamina,
Fénix etérea, pompa peregrina,
de los bosques deidad, del mar sirena.

Los montes la veneran cazadora,
las selvas ninfa y diosa las riberas;
próvido amor le rinde sus despojos.

La suya venturosa edad honora,
la que en orbes de luz formando esferas,
rayos vibra, que rayos son sus ojos.

- CIX -

ArribaAbajo Ríndome al tiempo, cedo a la violencia
de fortuna cruel, de injusto hado,
y no voy mal, pues voy desengañado
de mi esperanza y no de mi paciencia.

De hoy más viva celante la advertencia,
tal que apenas de incrédulo avisado,
librando el tribunal de mi cuidado
en la fe culpa, en el temor prudencia.

Mis repetidas quejas dan al viento
el que nunca recato desmentido,
ni el miedo culpa, ni el peligro engaña.

Mudará clima, y firme en el intento,
ánimo contrastado y no rendido,
treguas hará, y no paces con hazaña.

- CX -

ArribaAbajo Rocas que a la verdura de este llano
le servís de corona o de muralla
cuyo hielo, que es hoy rígida malla,
fuerza solar pretende abrir en vano.

De esta misma esperanza el horror cano
que al Olimpo le intima otra batalla,
cristal la nieve hiciera, y al soltalla,
diera al monte sus hojas el verano.

De los tiempos alternan los efectos,
y, los efectos alternando caos,
orden guarda aun lo mismo que van.

Sólo, más poderosos o imperfectos,
astros de luz y de piedad escasos
niegan intermisión al ansia mía.

- CXI -

ArribaAbajo Articuladas lágrimas desata
desterrado pastor de su cabaña,
y del líquido fuego en que se baña
forme el cielo dos márgenes de plata.

Buscad, ondas, les dice, de una ingrata
el cristal fugitivo en la campaña,
que si el vuestro de amor su plata engaña
veréis que aun del que llora se recata.

Si no que disfrazada el ansia mía,
la piedad invocando del desierto,
fuego introduzca en la región más fría.

En mar podrá de olvido tomar puerto
de feliz acogida la porfía,
si llevare por nueva que estoy muerto.

- CXII -

ArribaAbajo De nuestras selvas el mejor Narciso,
o por lo bello o por lo enamorado,
de suerte no, de cristal sí animado,
quejoso he visto yo de un verde aliso.

Norte será de hoy más, árbol de aviso,
en piélagos de llanto, en cielo airado,
de un firme corazón que, desamado,
dio experiencias de amor de cuanto quiso.

Huyan pastores, caminantes dejen
la estrecha senda, el infeliz camino
que niega un ciego dios sin fe ninguna.

Y si no la huyeren no se quejen,
pues les da luz y les conduce a tino
el peligroso error de mi fortuna.

- CXIII -

ArribaAbajo Las no cuajadas perlas de este río,
que en urna breve su cristal desata,
undoso plecto son, cuerdas de plata,
que alternan voz y llanto con el mío.

Fortuna, pues, común, común desvío,
a bien conforme vínculo nos ata,
grillos de hielo en margen pone ingrata,
cuando a yerros vincula mi albedrío.

Articulado, pues, el sentimiento
en líquida tiorba, en triste canto,
quejas damos recíprocas al viento.

Dulce de Orfeo emulación, en cuanto
animadas sus aguas con mi acento,
su caudal enriquecen con mi llanto.

- CXIV -

ArribaAbajo De este antiguo ciprés, que en Menfis pudo,
verde obelisco, aguja ser famosa,
mi fortuna elección hace forzosa,
no menos por funesto que por mudo.

El tronco animará metal agudo,
que, informando corteza misteriosa,
oráculo será de voz quejosa,
vaticinante en mi carácter rudo.

Quejas, seguras ya por no escuchadas,
aunque, por no escuchadas, no perdidas,
endechará de hoy más su mudo acento;

donde, si a la piedad encomendadas,
de su dueño no fueran admitidas,
apelarán al tribunal del viento.

- CXV -

ArribaAbajo Dos veces de Favonio el blando aliento
dejó estas plantas en su honor logradas,
y aquí otras dos veces despojadas
a la tierra entregaron su ornamento,

después que, idolatrado mi tormento,
sigo, Amor, esperanzas engañadas,
primero desmentidas que formadas
en la ilusión de un ciego pensamiento.

¿Qué espera la razón, cómo no advierte
sentidos sordos ya con voces mudas,
de oráculos que avisa desengaños?

Al que contra sí mismo sólo fuerte
escrúpulos absuelve, vence dudas,

en la fe porfiado de sus daños.

- CXVI -

ArribaAbajo En el mes claro, a junio antecedente,
cuando pródigamente le da al Toro
los rubios rayos de su carro de oro
el gran planeta en tronos del Oriente,

a las márgenes frías de una fuente,
en suspiros dolor, perlas en lloro,
aquella en cuyo líquido tesoro
mata celoso Amor la sed ardiente,

matizando en jazmines las orillas
que quiso florecer su pie sagrado,
tiernas, quejosas voces prestó al viento.

Por él salieron luego a recibillas,
no salamandria ya de su elemento,
envidia en ansias, en voces mi cuidado.

CXVII -

ArribaAbajo Si facilita amor de mi osadía
el alto fin, si mi esperanza veo
cumplida del más lícito deseo
que atenta voluntad lograr porfía,

novillos dos de la vacada mía
de tus aras, Amor, serán trofeo,
y el humo suave del licor sabeo
del óptimo holocausto afrenta pía.

Plazo feliz será, cuando cumplido
del que con sólo una promesa incierta
desmiente la presente desventura.

Llegue, pues, ya, del término ofrecido
a voluntad constante, gloria cierta,
logre ya tanta fe, tanta ventura.

- CXVIII -

ArribaAbajo Víctima ya de su holocausto sea
a la del niño dios deidad gigante,
el corazón del más feliz amante
que envidia con sus lágrimas granjea.

No rico incienso y llama no sabea
gloria opima te dé, gloria abundante,
mas entre afectos mil arda constante,
nuevo Adonis por nueva Citerea.

Tiña de envidia y no de sangre ahora
celoso Marte el espumoso diente
que arco es de paz el arco de Cupido.

Rosas prestando el tálamo de Flora
al sujeto que más gloriosamente
en la dulce de amor red está asido.

- CXIX -

ArribaAbajo Estas de amor, si negras, siempre claras,
con alma estrellas, luces siempre ardientes
son para vida y muerte de las gentes,
de su mayor riqueza más avaras.

Tú, de afectos gran dios, si ahora amparas
suspiros justos, ansias mil dolientes,
pródigas, oficiosas, reverentes,
en sangre y flores correrán tus aras.

Arda en las flores, arda alimentado
Amor de amor, y el admitido ruego
sacrificio se logre ya aceptado.

Gloria la pena y apacible el fuego
su llama aliente el ventilar alado
del gigante dios niño y lince ciego.

- CXX -

ArribaAbajo Amor es un alterno beneficio
que recíprocos lazos multiplica,
unión de voluntades que se aplica
a felizmente acepto sacrificio;

gloriosa diversión, atento oficio

de un alma ya de afectos noble rica,
dulcísima abusión que califica
en sublime concordia alto ejercicio;

violenta opresión que se dispone
a lograr en sí misma interiormente
fe que en germina luz rayos enciende;

pasto que la ambición del gusto pone,
dulce dolor que aplaude lo que siente,
arte que ignora más quien más entiende.

- CXXI -

ArribaAbajo Entre estas sacras plantas veneradas
del soberbio Aquilón, del Bóreas fiero,
émulo del abril nos da el enero
primavera de flores animadas,

rosas vivas del Tajo, originadas
de luz no funeral, que el verdadero
candor de su crepúsculo primero
conceden hoy al Duero trasplantadas.

No ya Pomona se venere culta,
ni Flora, dando gloria más florida,
cuanto a sus plantas se concede indulta.

Toda humanal injuria suspendida,
con rayos de ojos ciego dios insulta,
cuanta vi libertad y cuanta vida.

- CXXII -

ArribaAbajo La lira cuya dulce fantasía
hizo en Delfos honor al rayo puro
del que hurtándole al tiempo lo futuro
eternizó su métrica armonía,

debiera, ninfa bella, ser la mía
porque contra el rigor del tiempo duro
de vuestro nombre el esplendor seguro
sin ocaso lograse feliz día.

Pero de ronca voz quejoso acento,
¿cómo podrá cantar, si a viva llama

no ayudare de Amor fuerza ni aliento?

Tal que mi pecho ascienda donde inflama
más sublime región, noble ardimiento,
el clarín usurpando de la fama.

- CXXIII -

ArribaAbajo Esta verde eminencia, esta montaña,
madre de tanto argento fugitivo,
de venusta deidad quizás festivo
teatro, honor fue ya de la campaña.

Esta, pues, con amargo llanto baña
Tirso, al remedio muerto, al dolor vivo,
cuando las ansias de un dolor esquivo
con dulcísimos números engaña.

Las aguas, a su acento detenidas,
hermosas mayas en conforme coro
de corona le sirven animada;

suspensas unas, otras condolidas,
tanto en métrica puede lira de oro
bien sentida pasión, bien escuchada.

- CXXIV -

ArribaAbajo Bellísima sirena de este llano,
estrella superior de esfera ardiente,
animado cometa floreciente,
con rayos negros serafín humano;

sol que a la lumbre de tu luz en vano
resistir puede el lince más valiente,
Fénix que, peregrina, únicamente
logra región de clima soberano.

Aunque la envidia exhale los alientos
de tu veneno, el mérito seguro
luce en símbolo claro de constancia.

Resuélvanse ambiciosos elementos,
que el cielo es siempre cielo, siempre puro,
y accidentes no alternan su sustancia.

- CXXV -

A una dama que se peinaba

ArribaAbajo Al sol Nise surcaba golfos bellos
con dorado bajel de metal cano,
afrenta de la plata era su mano
y afrenta de los rayos sus cabellos.

Cuerda el arco de amor formaba en ellos
del pródigo despojo soberano,
y el ciego dios, como heredero ufano,
lince era volador para cogellos.

Bello pincel, no menos bello el mapa
en piélago de rayos cielo undoso
era, y su menor hebra mil anzuelos,

que en red que prende más al que se escapa
cadenas son, y, de oro proceloso,
trémulas ondas, navegados cielos.

- CXXVI -

ArribaAbajo Huyendo voy las armas y la ira
de la hoz, eco ya de mi tormento,
cuyo tierno rigor, cuyo contento
suspende admiración, alivio admira.

Las flechas suavísimas que tira
peligro son de articulado aliento,
que en la región estableció del viento
corona llama numerosa lira.

Pero mejor podrá prender el fuego,
dispuesta la materia en un rendido
corazón que os entrega sus despojos,

sordo de veros ya, de oíros ciego,
variando peligros el sentido,
siendo rayos la voz, voces los ojos.

- CXXVII -

ArribaAbajo Pulse en dulce quietud canoro leño,
si no escuchado plectro, plectro blando,
hoy que rústicos himnos emulando
de fatigas de amor me desempeño.

Ya que de mis acciones no soy dueño
de avisos en los sauces coronando
en clima aunque infeliz viva logrando
sin culpa el ocio y sin cuidado el sueño.

Recoja, no ya lágrimas Henares,
voces sí, de una voz que al tiempo pudo
violar su ley con bien sentido canto.

Fiaré a la corteza mis pesares,
de la que ninfa un tiempo, hoy tronco rudo
tanto dio que sentir y calló tanto.

- CXXVIII -

ArribaAbajo Esta que sacra tórtola viuda
en seco tronco llora al muerto esposo,
y con rigor no menos poderoso
de sus natales plumas se desnuda,

cuya dulce garganta en llanto muda,
huérfano el cuello de su honor undoso,
¡oh sordo cielo!, ¡oh golpe riguroso
de accidente mortal de Parca cruda!,

dolor justo de agravio tempestivo
tiene en desdenes de inmutable hado,
en sombra al sol mas no de luz ajeno,

cuando el nuevo planeta vengativo
corta al que felizmente derribado
del reposo común se ve en el seno.

- CXXIX -

ArribaAbajo Sobre este sordo mármol, a tus quejas,
pira ya de aromáticos enojos,
corren líquidos rayos de tus ojos,

perlas que en llanto desatadas dejas.

Donde son sacras ondas las madejas
que dan, muerta su luz, vivos despojos;
florido fruto logran ya de abrojos
o ya del mejor tronco las abejas.

Pues el poder al cielo no limites
en el consuelo tuyo, Nise, en cuanto
las incesables lágrimas no omites,

suspende ya el dolor, enfrena el llanto
lagrimosa beldad, con que permites
que a tanto sol se atreva eclipse tanto.

- CXXX -

ArribaAbajo Ya en sumida región las alas queme
y el suelo las acoja por de cera,
un firme corazón aun no se altera,
viendo la misma ruina que le preme.

Y cuando el tiempo en su desdén de extreme,
valor es el que intrépido tolera,
y el ardimiento del que nada espera,
la desesperación del que no teme.

Yo, pues, entre costosos desengaños,
más me quiero ahogar que el falso aliento
que tuve de mentidas confianzas.

Si a luz nueva, logrando nuevos daños,
a mi noticia restituye el viento
torres que en él fundaron esperanzas.

- CXXXI -

A una dama que tañía y cantaba

ArribaAbajo A regulados números su acento
reduce esta sirena, cuando
con las pulsadas cuerdas está dando
al arpa voz, al alma sentimiento.

Arco hace el amor de su instrumento,

y soberbio arpón de un mirar blando,
sol que, rayos de fuego articulando,
desvelo da al cuidado, sueño al viento.

Recuerde, pues, Amor, en la dormida
aura, y sus plumas incesables bata
al son de esta dulcísima armonía;

numerosas exequias de mi vida
serán si la piedad no lo dilata,
flechas con yerba de su melodía.

- CXXXII -

ArribaAbajo Para mí los overos y los bayos
nunca fueron ardientes resplandores,
sólo me libre Dios de los fulgores
de un blanco serafín con negros rayos.

Esta, pues, luz, anime los desmayos
que dan los, al mirar, ojos traidores,
flor que afrenta viva de las flores,
su boca es perlas y su aliento mayos.

Amor, abeja de esta primavera,
en dos labios libados mil claveles
queriendo fabricar rubios panales,

de que me da el amor alas de cera,
y ellas el nombre a un piélago de males,
que tiene amarga miel y dulces hieles.

- CXXXIII -

ArribaAbajo Este que viste nieve en vaga pluma,
de las frondosas ninfas dulce hermano,
surca el imperio de las ondas cano,
cometa de los orbes de la espuma.

Sátiro de los bosques hoy presuma
no fiar lino al aquilón insano,
albor sin desplegar, que imita en vano
sabio monte africano en pompa suma.

Corte, pues, altamente obedecido,
el blanco seno al húmedo elemento,

hoy que a más pura nieve debe tanto.

Borrarás de estas aguas el olvido,
sacra piedad, florido apartamiento,
y no menos mi envidia que su canto.

- CXXXIV -

A la muerte de un niño

ArribaAbajo Este pimpollo tierno y generoso,
que se mostraba ya fresco y lucido,
del patrio y fértil tronco dividido,
cayó en el seno del común reposo.

Mas transpuesto en terrenos más dichoso,
renueva flor y fruto enriquecido;
no teme la inclemencia, ni el bramido
del seco invierno y austro tempestuoso.

Que en el eterno reino sin mudanza
luce otro sol más puro, y otro cielo
que en las plantas influye eterna vida.

¿Quién, pues, con tan segura confianza,
oso soltar la rienda al desconsuelo,
viendo en verde sazón gloria florida?

- CXXXV -

A la muerte de un niño que abortó la Duquesa del Infantado

ArribaAbajo Esta rama del árbol generoso,
anticipadamente florecida,
de su materno tronco desunida,
cayó en el seno del común reposo.

Mas transpuesta en terreno más glorioso
en primavera eterna, eterna vida
logrando está, seguramente unida
al sol más puro en cielo más dichoso.

Y aunque quiso la envidia recatada
no ver maduro el fruto de la gloria

que produjo pimpollo de tal planta,

madre suya es la Iglesia, y consolada
dulces himnos ofrece a su memoria:
¿qué llora el mundo, pues, si el cielo canta?

- CXXXVI -

Al Duque del Infantado por la muerte del mismo niño

ArribaAbajo Vuestra prenda, señor, cediendo al hado
con inmatura muerte lastimosa,
quedó marchita y mustia, como rosa
sin sazón ofendida del arado.

Mas a fragancia en culto no alterado
de más noble pureza y más hermosa,
mano que nos parece rigurosa,
para fruto mejor la ha trasplantado.

Aunque el rigor de aquella sombra oscura,
efecto natural, lágrimas fueron,
y tenidas al trance de perderla,

fe y esperanza cierta os asegura
que a los mortales ojos que la vieron
ha de dar luz eterna para verla.

- CXXXVII -

A unas cañas, sepulcro de Siringa

ArribaAbajo Este frondoso honor, esta esculpida
lámina verde en mármol animada,
sepulcro es, piedad acreditada,
que a pastor infeliz prestó acogida.

Siringa, ninfa un tiempo, suspendida
hoy fístula de tronco que, animada,
mudo es trofeo, pompa venerada
del que ya muerto logra mejor vida.

Sobre la urna está compadecido
coro de ninfas, de la ninfa fiera

el rigor en sus plectros repartido.

Y porque muerte ya su voz no muera,
ultimado su acento dolorido,
Eco le lleva a toda la ribera.

- CXXXVIII -

En nombre de una dama por la muerte de su esposo

ArribaAbajo Mal inclinado pájaro de Averno
que los otros benévolos infama,
de tu estambre vital cortó la trama,
de tronco ya glorioso ramo tierno.

Caíste en flor y anticipado invierno,
las luces usurpando de tu fama,
en años breves extinguió la llama
que tu nombre en dos vidas hace eterno.

En tiempo no, en prudencia, Antonio, cano,
al pisar los umbrales de la vida,
Atropos dividió tu vital hilo,

en dulce acento suspirando en vano,
de la que, prenda tuya esclarecida,
siempre te llama en doloroso estilo.

- CXXXIX -

Al sepulcro de una dama muy bella

ArribaAbajo Esta que sacra pira aromas llora
digno es sufragio de la siempre bella
que, sol ya puesto, nace ardiente estrella,
y de inmenso esplendor luciente aurora.

Ya otro polo en región más pura honora,
superior parte nunca extinta de ella,
bien que la que este sordo mármol sella
mucha flor ya, ceniza es poca ahora.

Donde logrando un ámbito tranquilo
coronas mil del ínclito trofeo,

de que abreviado honor cuelga suspenso,

serán lágrimas hoy en su Lucilo,
buriles que, mordiendo al mausoleo,
escriban su beldad, liben incienso.

- CXL -

Al sepulcro de la Duquesa de Alba

ArribaAbajo Alba que ya crepúsculos ignora
aquí vive a pesar de lo violento,
donde más piadoso sentimiento
luz que nos niega en tristes sombras llora.

Y aunque sol mucho en poca tierra, ahora
parte negada a su ínfimo elemento,
que esplendor presta al fijo firmamento,
ya con lumbre inmortal sus orbes dora.

Más que lágrimas pues, demos ya flores
al lucido depósito sagrado
de luz claros, si opacos, hoy despojos.

Danle pías centellas sus olores
culto sufragio aromas aceptado,
afectos la piedad, llanto los ojos.

- CXLI -

Al sepulcro de Adonis

ArribaAbajo Desfondad a los templos consagrados
a las del cielo lámparas dorinas
escamosas deidades, y entre espinas
mudos se dejan ver plectros dorados.

Las fuentes secas ya, lloren los prados
y dejan de flagrar las clavellinas,
indiquen el rigor de sus ruinas
los hoy bosques, de Amor desamparados.

Muerto es el dios de nuestras selvas, muerto,
y el canto cuya métrica armonía

las aves suspendió y enfrenó el viento.

Venga, pues, Cipria, visto el pecho abierto
del Adonis osado, en ansia pía
a dar flores y llanto al movimiento.

- CXLII -

ArribaAbajo Después que me llevó el abril su día,
mis ojos verdaderos son corriente,
dígalo Amor que os rinde francamente
la parte que es más propia y menos mía.

Dulce error, felicísima porfía
del que menos distante y más ausente
vive con soledad entre la gente,
y a solas en sabrosa compañía.

Aguas del Tajo, en vuestras repetidas
ondas, no ya de olvido mar se vea:
comunicad conmigo vuestra gloria,

acordando mil lágrimas perdidas
al abril más florido, porque sea
sufragio de mi muerte su memoria.

- CXLIII -

A una gran señora que dejó el siglo

ArribaAbajo Tú que la dulce vida en tiernos años
trocaste por la vida trabajosa,
la blanca seda y púrpura preciosa
por áspero cilicio y toscos paños;

tú que, viendo del mundo los engaños,
al puerto te acogiste presurosa,
cual nave que en la noche tenebrosa
teme del mar los encubiertos daños;

canta la gloria inmensa que se encierra
en el alma dichosa, ya prendada
del amor que se enciende en puro celo;

que si el piloto al divisar la tierra

alza la voz de gozo acompañada,
¿qué debe hacer quien ya descubre el cielo?

- CXLIV -

ArribaAbajo Esta nueva deidad aprisionada,
y entre grillos y rejas no segura,
mueve el orden fatal de la ventura
con misteriosa mano arrebatada.

Cisne, Fénix de amor, ave dotada
del atributo de la luz más pura,
cuyo fraude en letargos de dulzura
nos entrega a la muerte idolatrada,

los eternos sufragios escarnece,
y en tribunal de apetecida pena
la causa esconde que el milagro hace.

Pasa el peligro al que el aviso ofrece,
y con la misma muerte que condena
a los que deja muerto satisface.

- CXLV -

ArribaAbajo Ligurino Jasón, abeto alado,
a los húmidos piélagos confía,
y la cuna y la tumba pisa al día,
al vasto campo de Anfitrite arado;

cuyo triunfante nombre trasladado
de la región ardiente a la más fría,
cediendo a la prudencia su osadía,
esta marina le admiró varado.

Qué esperas, pues, ¡oh barca!, perseguida,
de los impulsos de fortuna varios,
con las alas del tiempo reducida,

donde, si la razón entre contrarios
vientos te niega puertos y acogida,
sepultura es el mar de temerarios.

ArribaAbajo A las undosas márgenes de un río
que en floridos cristales nace fuente,
solté quejosa voz tan dulcemente,
que alterno Filomena el canto mío.

Donde, si a tronco, si animado, pío
místico papel de simple gente,
impresas ansias de pasión ardiente,
con hierro duro en verde margen fío.

Ajena, pues, noticia, en mi escarmiento
del rigor de fortuna ejemplo lea,
si es aviso del tiempo el desengaño;

y en este descansado apartamiento,
feliz agrado a mis agravios sea
un temor advertido de su daño.